

letras latinoamericanas

¿el suicidio de demetrio?

Por Enrique Caracciolo Trejo

I

Doña Bárbara o *Don Segundo Sombra* pueden leerse, a nuestro entender, como romances, es decir, con noción clara de que los autores intentaron dilucidar temas que trascendían esa realidad cuyas descripciones los demoraban. Creemos que *Los de abajo* no puede interpretarse de tal modo. La instancia humana, la problematización de los individuos, el paisaje, el *tempo* vital en suma, es demasiado tenso en la obra de Azuela como para pensar en preocupaciones ulteriores. De allí que reconozcamos en ella la cualidad más esencialmente novelística. Si Azuela quiso comunicarnos algo, dejó que los hechos se desenvolviesen, que las acciones transcurriesen en un tiempo perfectamente discernible y en un ámbito sólidamente delimitado. Nos puso, pues, una porción de vida frente a nosotros, y dejó que ese organismo viviese. Una vida agónica, por cierto, con infinitas implicaciones para nosotros, hispanoamericanos, partícipes, a nuestro modo, de dramas similares.

Esta obra, publicada en 1916, marca un rumbo a la novelística en la América Hispana. Sabemos que no se siguieron a menudo los preceptos que de ella pueden deducirse, inquietos los espíritus por urgencias tantas veces justas. Para nosotros, el hecho que Azuela, comprometido como estaba con la revolución, haya objetivizado el proceso hasta el punto que lo hizo, constituye una de sus hazañas. Sin embargo, hay quienes han querido ver en este libro una condena. Creemos que no hay condena ni absolución. Nos situamos ante un drama humano equiparable a una catástrofe de la naturaleza. Y, en verdad, algo del movimiento ciego de los astros se nos ofrece. En ese enfoque de la realidad está la vitalidad, la robustez de esta breve novela. Una tensión que nos posee desde el primer pasaje y que no cede hasta el desenlace final. Todo vive una reventazón de ser que sólo la naturaleza ostenta. De allí que los personajes sean problemáticos, como son los seres humanos, que esa problemática resista la disección más enconada y que, al final nos quedemos con nuestras simpatías o rechazos, difícilmente con certidumbres. Tal vez el autor, que viviera en la vorágine de los acontecimientos, sintió el hastío, la frustración que habla por boca de Alberto Solís. Este personaje, apenas delineado, se presenta vigorosa pero fugazmente. Nos da la pauta del pensamiento de Azuela y nos

resume, en palabras conmovedoras, el drama de un pueblo:

Yo pensé en una florida pradera al remate del camino... Y me encontré un pantano. Amigo mío: hay hechos y hay hombres que no son sino pura hiel... Y esa hiel va cayendo gota a gota en el alma, y todo lo amarga, todo lo envenena. Entusiasmo, esperanzas, ideales, alegrías... ¡nada! Luego no le queda más: o se convierte usted en un bandido igual a ellos, o desaparece de la escena, escondiéndose tras las murallas de un egoísmo impenetrable y feroz.

En verdad, éste es de los poquísimos pasajes que trasuntan un deseo de discusión lógica de la situación, una aprehensión intelectual, por parte de los personajes, del drama que viven. El tono de Solís disloca, en parte, la impecable narración novelística y, de algún modo, vemos asomar el pincel del pintor que, hasta ese instante, sabiamente Azuela no nos había mostrado. Sin embargo, quizá no sea excesiva sutileza tratar de rescatar este pasaje para la formulación de una técnica narrativa, ya que dice:

¿Hechos?... Insignificancias, naderías: gestos inadvertidos para los más; la vida instantánea de una línea que se contrae, de unos ojos que brillan, de unos labios que se pliegan; el significado fugaz de una frase que se pierde. Pero hechos, gestos y expresiones que, agrupados en su lógica y natural expresión, constituyen e integran una mueca pavorosa y grotesca a la vez de una raza...

Tales gestos pueden contribuir a mostrarnos una realidad más intensamente que un tratado sociológico, pueden situarnos en el centro mismo de los acontecimientos y hacernos sentir nuestra participación emocionada. Tal es lo que ha hecho Azuela. La guerra desgarró la vida mexicana. Vemos el reflejo de esos acontecimientos en las existencias simples de unos indios,¹ en la mente poseída de sueños adolescentes de Luis Cervantes. De lo apacible se salta a la violencia, que ya nada detiene. Azuela nos describe ese vértigo. Nos da precisiones de esa caída. Con la fuerza del vendaval, se arremolinan los acontecimientos.

¹ J. E. Pacheco sugiere que más que indios son campesinos mestizos. Nosotros deliberadamente hemos conservado la denominación del autor.

II

El drama a que asistimos tiene a Demetrio Macías y a Luis Cervantes por principales protagonistas. En medio de las humillaciones que las fuerzas del gobierno prodigan, Demetrio ha sabido conservar su dignidad. Su valentía ya le ocasionó la cárcel. Vuelve a enfrentarse con los soldados, aunque él no lo busca, y su vida se halla comprometida en una lucha incontenible. Una determinación de vengarse lo arroja a la batalla, y es como si toda su raza se levantara. La emboscada que tienden a los "federales" muestra a esos indios, hasta hace poco sumisos e indefensos, en una nueva actitud. Ya se manifiesta esa necesidad, esa alegría en la violencia que pronto se torna en instinto, en esencial amoralidad. Pero debe notarse que nada hay obsceno en ello; como no hay obscenidad en el zarzapazo del tigre.

Demetrio cae herido. Su dolor y su odio es compartido. Su causa es la de toda esa pobre gente que quizá ve en la lucha una puerta abierta a la esperanza. Luis Cervantes hace su aparición. Es innegable que la fuerza de Demetrio se torna en instrumento de Luis Cervantes. En esa relación hay un sentido profundo. Quien sabe si Azuela no historió, al mismo tiempo, las relaciones del pueblo mexicano con sus dirigentes. Llega Cervantes diciendo "...que persigo los mismos ideales y defiendo la misma causa que ustedes defienden." Demetrio le responde: "¿Pos qué causa defendemos nosotros?"

Al comienzo de la novela no sabemos hasta qué punto Cervantes es honesto. Es posible, sin embargo, que su primer acercamiento a los indios esté teñido de una romántica ansia de justicia. Con respecto a esto no puede haber certidumbre ya que, más adelante, la conversación de Cervantes con Solís deja entrever otra cosa. De cualquier modo, Cervantes se une a los indios y comparte su suerte. Tal vez no con gran heroísmo, enfrenta él también los peligros. Si sus planes eran solamente enriquecerse hay que reconocerle al menos el mérito de afrontar riesgos. Por otra parte, su pasado nos hace más problemáticos su carácter y sus móviles. Él ha sufrido en carne propia la brutalidad de la milicia, las ofensas de un oficial superior. Ha compartido con los soldados a sus órdenes los vejámenes impuestos por una ley arbitraria y temible. Le llegan las confidencias de sus subordinados y siente que sus humillaciones son su humillación. Porque el "puntapié en las posaderas" del coronel es el gesto de todo un sistema. Por eso, aunque oficial, a poco "compartía con la tropa aquel odio solapado, implacable y mortal a las clases, oficiales y todos los superiores".

Medita Cervantes sobre todo lo que le ha acontecido mientras yace golpeado en la suciedad del chiquero adonde fue arrojado. ¿No estamos frente a un símbolo? Quizá aquí nos enfrentemos al sentimiento que más esencialmente pre-

teme-
por
to de
s del
abido
ya le
tarse
bus-
etida
eter-
a ba-
evan-
a los
hasta
una
a ne-
que
ncial
mada
bsce-
y su
a de
e en
espe-
ción.
etrio
Cer-
tido
his-
ones
ates.
per-
la
en."
cau-
mos
sto.
mer
de
Don
rti-
on-
leja
do,
rte
ois-
Si
rse
ito
su
su
en
ili-
or.
sus
na
las
ni-
o-
lo
a
io
a-
e
o
n
l

valece en esta novela: al escepticismo. Para que lo acepten, Luis Cervantes tiene que ganarse la voluntad de los indios. Cura a Demetrio, elogia a Venancio. Y aquí comienza otra transformación de Cervantes, como si de pronto se hubiera posado en su alma una semilla de descreimiento que luego irá germinando en su egoísmo y su ulterior partida. Así promete a Venancio: "Dos o tres semanas de concurrir a los hospitales, una buena recomendación de nuestro jefe Macías... y usted, doctor..." Luego es Cervantes quien insta a Demetrio a unirse al general Natera para tomar la plaza de Zacatecas. Todavía Demetrio se muestra renuente ya que no desea otra cosa "...sino que me dejen en paz para volver a mi casa". Desde ese instante Cervantes se torna en personificación misma de la tentación y facilitación, con sus volubles expresiones, la justificación de actos que la conciencia de Demetrio más de una vez reprueba. Allí comienza Cervantes su dominio. Demetrio sólo vuelve de ese sueño hipnótico de violencia y de sangre cuando se encuentra con su mujer y con su hijo que no le reconoce y le teme. Cervantes empieza por llamarle "jefe", luego despierta en Demetrio la codicia: "¿Es de justicia privar a su mujer y a sus hijos de la fortuna que la Divina Providencia le pone ahora en sus manos?" Sin embargo, cierta repugnancia en Demetrio, cierta casi instintiva resistencia a saquear, a robar, se insinúa en sus gestos; aunque él perdona eso mismo en aquellos desposeídos que le siguen.

Demetrio es susceptible al halago. Ya sabemos de los poderes de la adulación. Su actitud hacia la acumulación de riqueza es de comprensión para los otros y de desinterés cuando se trata de sí mismo. Humano, está sujeto a las tentaciones pero jamás llega a la animalidad que posee a los otros que le acompañan; animalidad que Azuela nos describe con singular claridad: "...En su semblante persiste una mirada dulzona, en su impassible rostro brillan la ingenuidad del niño y la amoralidad del chaca!" A lo que Demetrio llega es a la indiferencia ante la muerte y al envejecimiento. No cabe en su contento cuando el mismo general Natera le llama "coronel", grado que Luis Cervantes dejó caer en una conversación. Luego de otros hechos de armas Demetrio es "general". En pocos meses, de indio fugitivo que era, la revolución lo ha convertido en el "general Macías". ¿Qué estructura mental puede soportar un cambio tal? El éxito de Demetrio está en su valentía, su temeridad. Un arma y la voluntad de luchar lo han promovido a "general". De transformación semejante, en tan brevísimo tiempo, nadie puede salir ileso. Luego se ve cómo Demetrio ya no puede volver a la paz de su casa, al trabajo con los bueyes, a la visita semanal al pueblo.

Algo está quebrado definitivamente en su existencia.

Uno de los logros de Azuela está en llevarnos a través de las transformaciones mentales de Demetrio sin desdoblarse ante nosotros los meandros de sus cavilaciones o abrir las oscuras estancias de su alma. Todos sus estados espirituales nos son sugeridos por sus gestos o a veces por sus palabras, siempre de una parquedad extrema, como cuadra a un indio. Cuando Natera lo llama "coronel" su alegría se manifiesta sólo en esto: "ya soy coronel de veras, curro..." Al traerle Cervantes unas monedas toda una actitud de Demetrio se nos describe con lo siguiente: "hombre, curro... si yo no quería eso! ... Moyahua es casi mi tierra... Dirán que por eso anda uno aquí!" Estas palabras bastan para definir a Demetrio y prueban que su esencial pureza no ha sido destruida. Hay que señalar que ello contrasta rudamente con el envejecimiento progresivo de Cervantes. Los robos, la entrega de Camila, y otros actos de deliberado espíritu destructor, nos muestran cuán lejos han quedado los sueños de justicia. Los acontecimientos han modificado a los personajes, los han mudado, como en la vida. Y éste es otro alarde de técnica novelística en Hispano América, donde eximios narradores no han logrado resolver los problemas de caracterización. Demetrio muere, Cervantes lle-

va una vida holgada en el extranjero.

Al perdonar la vida de Don Mónico, Demetrio recuerda aquella mujer que dejó cuando su casa ardía. Regresa a su pueblo y el reencuentro con las cosas familiares lo despiertan de ese sueño terrible de poder y violencia en que ha vivido durante dos años. Es como si de pronto comprendiese todo. En tales circunstancias la dignidad de Demetrio es admirable y la pluma de Azuela más delicada y segura. La lucha ha de seguir hasta el fin, sin embargo. Su mujer pregunta: "¿Por qué pelean ya, Demetrio?" y él responde, mientras arroja una piedrecilla al fondo del desfiladero: "Mira esa piedra como ya no se para..."

Demetrio, claro y hasta previsible al comienzo de la novela, se ha problematizado. Cervantes, contrariamente, se ha definido. Aquella ingenuidad del indio Demetrio, aquel mundo primitivo que seguía ciclos incommovibles, han dejado su lugar a una forma de conocimiento. Demetrio es más sabio ahora. Presentimos vastas zonas de sombras en su alma y, quien sabe, si no obra su fin. Demetrio regresa, pero quien vuelve es un desconocido, otro hombre. Alguien que sigue calladamente al destino en una inercia desesperada. Esto bordea ya la conjetura. No puede ser de otro modo, pues, en verdad, Azuela ha creado personajes que viven más allá de su novela.

Títulos de reciente aparición:

Colección

Voz Viva de América Latina

VVAL-9 JULIO CORTÁZAR / *Rayuela* (caps. I y II) / "Conducta en los velorios" / "Casa tomada" / "El perseguidor" (fragmentos)
Voz del autor

Prólogo: Carlos Monsiváis.

VVAL-11 MANUEL ROJAS / *Hijo de ladrón* (fragmentos)
Voz del autor

Prólogo: Emmanuel Carballo

VVAL-12 MARIO VARGAS LLOSA / *La casa verde* (fragmentos)
Voz del autor

Prólogo: José Emilio Pacheco

VVAL-13 JORGE LUIS BORGES / *Poemas*
Voz del autor

Prólogo: Salvador Elizondo

VVAL-14 ERNESTO CARDENAL / *Selección poética*
Voz del autor

Prólogo: Rosario Castellanos

VVAL-15 SARA DE IBÁÑEZ / *Selección poética*
Voz del autor

Prólogo: Ramón Xirau

UNAM / DIFUSIÓN CULTURAL

DEPARTAMENTO DE GRABACIONES